

[217]

EL ENFRENTAMIENTO ENTRE PROFETAS Y FALSOS PROFETAS

Ariel Álvarez Valdés

1. Falsos profetas al interno del yahvismo

No era de extrañar que, ante los hombres encargados por Dios de anunciar su palabra, se alzarán otros profetas hablando en nombre de otros dioses. Lo doloroso para el pueblo de Israel fue comprobar, en el mismo ámbito religioso yahvista, cómo se presentaban hombres diciéndose portadores del mensaje de Dios y anunciando cosas contradictorias.

La Biblia nos ofrece un amplio panorama de estos conflictos entre profetas, de los cuales tiene que resultar siempre uno verdadero y otro falso, hasta el punto de hacer suponer un problema constante en la historia del profetismo.

Para el auténtico profeta y para los que con buena voluntad están a la escucha de la palabra divina, significó esto una dificultad de seria gravedad, puesto que venía a viciar las fuentes mismas de la vida religiosa. Por lo tanto el discernimiento del genuino profetismo fue algo imposible de soslayar.

El problema no pudo resolverse con la envergadura del profeta. En efecto, los portadores de la palabra de Dios fueron muchas veces personajes paradójicos, a veces dueños de un carácter marcado por la debilidad o la contradicción. Entre ellos podemos encontrar toda la gama de temperamentos y estilos: el gigante, el normal y el epígono. Y a su vez los falsos profetas no predicaban falsedades objetivamente verificables. Ni está la mentira en su intención deliberada de embaucador, farsanteo embustero. El falso profeta no discierne entre lo que es de Dios y lo que es suyo, y comparte con los oyentes el equívoco.

A pesar de ello, el Antiguo Testamento tomó una posición, hizo un juicio y dio algunos criterios.

[218]

Sin embargo la cuestión no tiene aún respuesta definitiva y ha sido objeto de intenso debate.

2. Los factores del fenómeno profético

J. A. Sanders¹ sugiere que tres son los factores que iluminan el fenómeno de la profecía bíblica, sea “verdadera” o “falsa”: las antiguas tradiciones (a las que él llama el texto), la situación histórica por la que el pueblo atraviesa en ese momento y a la cual el profeta aplica el texto (llamada contexto), y finalmente el sistema teológico y la técnica literaria mediante la cual el profeta hace la aplicación, es decir, el modo de leer los textos y el contexto y relacionarlos (esto es, la hermenéutica).

De aquí concluye que aquellos llamados falsos profetas en realidad invocaban datos importantes de la fe de Israel, pero que su teología, por buena que fuera en sí misma y para ciertos momentos, no era adaptada a la situación presente. Habían equivocado la hermenéutica.

A continuación trataremos de efectuar la aplicación de estos factores, propuestos por Sanders, a algunos enfrentamientos de profetas: tratar de entrever y seguir, hasta donde se pueda, el texto que el falso profeta reclama; luego, ver de reconstruir la situación histórica, política, nacional e internacional, según la información de la que disponemos; y finalmente procurar descubrir la hermenéutica que el vidente aplicó para pronunciar su oráculo.

3. La Biblia y las controversias entre profetas

Podemos dividir en tres categorías el material que la Biblia ofrece sobre este tipo de enfrentamientos.

En primer lugar están los esbozos de criterios que nos ofrece como ayuda para el discernimiento entre el verdadero y el falso profeta. Tenemos así el hecho de que se cumpla la palabra empeñada o el anuncio predicho (Dt 18,22; Jer 28,9); las dudosas revelaciones de “sueños” en favor de otras comunicaciones más personales (Nm 12,6-8; Jer 23,25-26; 14,14; 23,16); el profesionalismo, como corruptor

¹ J. Sanders, “Hermeneutics in true and false prophecy”, en B. Long y G. Coste, *Canon and Authority*, Philadelphia, 1977, pg. 21-41.

[219] del carisma (Mq 3, 5.11; Jer 6, 13); una conducta incompatible con la santidad de la palabra que pregonan (Is 28, 7; Jer 23, 11. 14).

Un segundo grupo de datos es el de las denuncias proféticas de la falsa profecía, en sentencias incisivas o en colecciones de sentencias. Así, las hallamos en Is 9, 14; Mq 2, 6-11; Os 4, 6; Lam 2, 14; Zac 13, 3-6; Ez 13; 22.28-31.

Finalmente, tenemos las narraciones de controversias entre profetas.

Es difícil hacer nuestro trabajo sobre la base de las dos primeras, ya que se trata de breves apóstrofes, o compilaciones de denuncias que responden a diversas épocas, y que por lo demás nos han llegado generalmente fuera de su contexto histórico. Por lo tanto nos remitiremos al tercer tipo de material, que nos ofrece mayor perspectiva.

Tomaremos cuatro relatos de enfrentamiento, representativos de etapas importantes del pueblo de Israel. El de Miqueas hijo de Yimlá, que es el más antiguo relato que nos transmite la Biblia sobre este tipo de disputa; el de Amós y Amasías en Betel, preludiando la caída de Samaria; el de Jeremías y Amasías, en Jerusalén, ante la inminencia de su destrucción; y el de Ezequiel, en medio de los deportados de Babilonia.

4. Miqueas hijo de Yimlá y los profetas de Ajab (1 Re 22, 1-38)

a) Texto

En este conocido pasaje, ante la consulta de Ajab y Josafat a cuatrocientos profetas de Yahvé (v. 5) sobre si atacar o no a Ramot de Galaad, éstos le contestan: “Sube, porque Yahvé la entregará en tus manos. Sedecías, el jefe del grupo, refuerza el augurio con la acción simbólica de los cuernos de hierro. Y todos los demás a coro repetían: “Sube, porque Yahvé la entregará (*wayyitén*) en tus manos.

Una larga tradición avalaba esta predicción. Desde la época de Abraham, quien por vez primera había tenido que guerrear con enemigos y cuya victoria se había eternizado en un viejo canto: “Bendito sea el Dios altísimo que entregó a tus enemigos en tus manos” (Gen 14, 20), hasta los relatos de conquista en los que Yahvé aparece entregando (*natán*) a los enemigos de Israel en sus manos: Arad (Nm 21,3), Jericó (Jos 2, 24; 6, 2), Ay (Jos 8, 1), los cananeos (Jc 1, 2), Madián (Jos 7, 7), los filisteos (2 Sm 5, 19).

Además, eran conscientes de la majestuosa promesa hecha por Dios a su pueblo: Yahvé peleará por su pueblo (*yilláhém*) y éste no tendrá que preocuparse (*taharisún*) (Ex 14, 14).

[220]

Pensemos asimismo en pasajes como los de las leyes deuteronomistas sobre la guerra: “Yahvé, vuestro Dios, marcha con vosotros para pelear en favor vuestro contra vuestros enemigos y salvaros” (Dt 20, 4). Inclusive habían compuesto un libro sobre las guerras de Yahvé (Nm 21, 14), para expresar esta convicción y certeza.

Se puede decir, pues, que la profecía de los opositores de Miqueas hijo de Yimlá se puede comprender perfectamente en el terreno de estas convicciones, y que gozaba de una legítima tradición.

b) *Contexto*

Aunque son diversos los criterios de los historiadores acerca de las guerras arameas,² e incluso algunos las niegan,³ podemos intentar una reconstrucción política de la época.

En el -858 el rey Ben Hadad II de Damasco junto a otros aliados puso sitio a Samaria por razones comerciales. La ciudad resistió, y en una salida los asediados infligieron una derrota a los arameos (1 Re 20, 1-21). Ben Hadad intentó nuevamente un ataque, atrayendo al enemigo a la llanura, donde podía obtener ventajas tácticas, pero volvió a ser derrotado por Israel (1 Re 20, 26-34).

Por fuentes asirias⁴ sabemos además que pocos años más tarde, en el -853, Salmanasar III marchó hacia el oeste, y que luego de conquistar el pequeño reino de Bit Adini y el de Karkemish, se dirigió hacia el sur contra Hamat y Damasco, derrotándolos y sometiéndolos en la batalla de Qarqar.

e) *Hermenéutica*

Aquel mismo año⁵ fue la embajada de Josafat al rey de Israel en Samaria, donde éste aprovechó para invitarlo a tomar parte de la conquista de la ciudad de Ramot de Galaad.

El panorama se presentaba positivo. El éxito de las precedentes expediciones militares así lo confirmaban. Además su reino atravesaba por un momento de esplendor y potencia. Había conseguido otros éxitos sobre pueblos vecinos. La amistad con el reino de Judá era más bien una subordinación de éste a Israel. En tiempos de Ajab había sido reconstruida Jericó (1 Re 16,34), como atalaya

² Cfr. A. Soggin, *Storia d'Israele*, Brescia, 1984, pg. 316ss.

³ Niegan que hayan pertenecido a este periodo. Cfr. Soggin, *o.c.*

⁴ Cfr. E. Galbiati, A. Aletti, *Atlante Storico della Bibbia e dell'antico oriente*, Milano, 1983.

⁵ Cfr. G. Ricciotti, *Storia d'Israele*, vol 1, Torino, 1955, pg. 402ss.

[221] contra Moab. Retomando la tradición de Salomón, Ajab fue un gran constructor, tanto por razones estratégicas como por lujo; en Samaría, por su iniciativa, levantó una “casa de marfil” (1 Re 22, 39), que fue probablemente una renovación de los empotrados de marfil del palacio real de Omrí. Finalmente, la situación de su rival Ben Hadad II de Damasco era comprometida por los embates que estaba sufriendo por la expansión asiria desde la derrota sufrida en Qarqar.

Todo esto movió a los profetas de la corte a aconsejar la expedición contra Ramot de Galaad.

Pero Miqueas hijo de Yimlá veía las cosas con otros ojos. Dentro de la grandeza y florecimiento que estaba viviendo Ajab, había una grave deficiencia: el haber perdido el primitivo yahvismo y la pureza de la religión de sus padres. El acercamiento amistoso con Judá era una óptima ocasión, no para salir de batalla juntos, sino para reforzarse espiritualmente con aquel reino connacional. Y en todo caso, bien armonizados, habrían podido realizar grandes cosas.

Por otra parte, es probable que Miqueas fuera de la opinión de no debilitar demasiado la potencia de Damasco, la cual le servía de almohada contra los embates de Asiria.

Precisamente, y a pesar de la derrota de Qarqar, en aquel mismo periodo otras rebeliones surgidas en el interior del vasto imperio de Salmanasar III hicieron que el monarca sirio quitara su atención de los estados del oeste y abandonara sus intentos expansionistas momentáneamente, lo cual permitió a los arameos verse libres de su terrible enemigo y ocuparse totalmente de la defensa de la frontera sur.

Los acontecimientos que siguieron le dieron la razón a Miqueas hijo de Yimlá. El profeta tiene la seguridad de que Dios confirmará lo que anuncia, basado en la presencia que siente de su palabra.

5. Amós de Técoa y Amasías, en Betel (Am 7, 10-17)

a) Texto

Es verdad que este enfrentamiento no es entre profetas sino entre el profeta y el sacerdote de Betel. Por otra parte, no transcribe el texto ningún tipo de falsa profecía esgrimida por los pseudo profetas. Sin embargo, hay varios elementos interesantes que nos pueden servir.

El personaje en cuestión es Amasías, guardián del santuario de Betel en los días de Amós, aproximadamente hacia el -750. El sacerdote toma a Amós por un “vidente» (*hózeh*), un profeta extranjero, que viene del sur a ganarse el pan a Israel ejerciendo su profesión,

[222] lo que muestra el desarrollo que en este período había adquirido el profesionalismo profético. Pero lo novedoso, lo sorprendente y nunca visto, fue para Amasías ver un profeta como Amós, que no se aviene a la prédica convencional de los profetas de corte; por lo tanto piensa que puede y debe reducirlo al silencio. A Amós lo interpreta por los rasgos de aquellos.

Aceptando esto, por las palabras del guardián del templo podemos deducir cuál era la prédica de aquellos profetas reales (v. 11). Se lo acusa de conspirar contra el rey y la casa de Israel anunciando su muerte, y la deportación del reino. De lo cual se comprende fácilmente que aquellos que podían hablar, que podían predicar sin censura del estado, eran los que anunciaban vida y prosperidad para el rey, y estabilidad para la casa de Israel.

Los profetas que anunciaban esto, no lo hacían, sin embargo, sin fundamento. Se inscribían en la profecía de Ahías de Silo, hombre de la más rancia tradición religiosa siloíta, y de palabra probada (cfr. 1 Re 14, 12.17). Este, en efecto, había predicho a Jeroboam I la compañía de Yahvé, una casa estable (*ne'emán*) como la de David, y el sometimiento de ésta a aquella (1 Re 11, 38-39). Si bien más tarde Ahías cambió su anuncio (14, 1-16), sin embargo fue sólo contra la familia de Jeroboam I (14, 10; 15, 29), pero siguió la esperanza de un rey estable (14, 14). Por otra parte, el actual sucesor Jeroboam II había extendido los límites de Israel al máximo de su historia, abarcando toda la Palestina, excepto Judá, pero comprendido Moab. Todo esto hacía pensar en los tiempos de Salomón, y naturalmente a la profecía de la casa estable como la de David.

Pero el auge y esplendor del reino del Norte no se debió simplemente a las cualidades personales de Jeroboam II, como una mirada profana podría hacer pensar, sino a la voluntad de Yahvé, quien así se lo había hecho saber por intermedio del profeta Jonás de Gat (2 Re 14,25).

Finalmente, la teología de los profetas del rey hacían eco a la antigua tradición de una promesa hecha por Yahvé a Jehú, fundador de la dinastía reinante. Era la promesa incondicional, en premio a su buena conducta, de que sus hijos hasta la cuarta generación se sentarían sobre el trono de Israel (2 Re 10, 30).

Como se ve, Amasías, defensor de los intereses del rey y de la nación en el santuario de Betel, tenía razón de preocuparse por la aparición de Amós, con su voz discordante del coro de los demás profetas, y que no se adecuaba a la tradición.

b) *Contexto*

La política internacional era altamente favorable a Israel. El rey

[223] Adadnirari III de Asiria había realizado una campaña contra Damasco entre el -805 y el -802, y la sometió a enorme tributo, lo cual trajo alivio y tranquilidad a Israel. Jeroboam II supo sacar provecho arrebatándole la zona de Hamat, más allá del Antilíbano. De Asiria tampoco se podía esperar peligro, pues luego de la incursión contra Damasco había entrado en período de decadencia, ocupada contra los arameos de la Mesopotamia, contra el Urartu en la región armenia del Ararat, y contra la Media que amenazaba el límite oriental. Si al norte ninguna amenaza preocupaba, tanto menos al sur, donde, luego de la derrota de Amasías, el reino de Judá estaba en absoluta dependencia (2 Re 14, 8.14).

La situación interna no era menos promisoría. El comercio con Arabia, Fenicia, el Mar Rojo y las minas de cobre de la Arabá, habían producido una prosperidad desconocida desde la época de Salomón. La población alcanzó su mayor densidad. Los edificios eran espléndidos y lujosos. Aumentaron los recursos económicos y agrícolas. Florecía la industria textil y la del tinte. Por otra parte, los 40 años de gobierno del rey de Israel le dieron una unidad de directiva interna que permitió una época de verdadera prosperidad y grandeza.

c) *Hermenéutica*

En realidad las palabras de Amós no podían hacer mucha mella en sus oyentes. Más bien parecía algo risible, pues el reino gozaba de los mejores años de su historia. La ciudad fuerte y confiada no podía, según el entender de cualquier mente lúcida, creer en un profeta que denunciaba la injusticia y despertaba la pesadilla de los peligros exteriores.

Sin embargo, esta prosperidad y bienestar ocultaban una descomposición social. Se daban grandes injusticias, y un contraste brutal entre ricos y pobres, sin que el Estado hiciera nada por aliviarla. La brillante situación tapaba miserias. Aquellos que tuvieran una visión más profunda de la realidad, podían intuir que las bases de la situación eran preocupantes. En lo interno, la injusticia establecida. En lo externo, la humillación de los vecinos arameos por los asirios. Era una paz indirecta, casual, provisoria, y esas condiciones paradisíacas no podían durar. Asiria no iba a detener su ambición expansionista en las fronteras de Israel. Era sólo un compás de espera.

En el año -721, Amós, que se había vuelto a su Técoa natal, pudo sentir desde allí los rumores de la destrucción y los lamentos de la desolación. Su hermenéutica había sido la correcta.

6. Jeremías y Jananías, en Jerusalén (Jr 27-28)

a) *Texto*

Jananías no es un impostor. Ni tampoco un irresponsable entusiasta y superficial. Las palabras que dice tienen serio fundamento. ¿Acaso no era un dogma fundamental el tema de la elección divina de Sión? ¿Acaso no se cantaba anualmente, en la fiesta del traslado del Arca, que Dios habla elegido a Sión para habitar en ella para siempre? (Sal 68, 17; 132, 13-14).⁶ En la liturgia se celebraba que Dios amaba a Sión y que a su santuario lo había construido para siempre (*le'ôlâm*) (Sal 78, 68; 87, 2).

Por otra parte, del monte Sión sale la salvación para Israel; de él es de donde proviene todo auxilio del Señor (Sal 14, 7; 20, 3). A tal punto, que se esperaba para un día futuro una reunión de todos los pueblos en ese monte; allí, a través de la ley y la palabra del Señor, se impondría un orden nuevo de justicia y de paz; gobierno justo, paz internacional, y desarme; aun los instrumentos de guerra se transformarían en herramientas del progreso pacífico (Is 2, 2-4; Mi 4, 1-3).

Jananías, asimismo, está en compañía de la mejor tradición sagrada, si recordamos las promesas de Dios a la Casa de David; éstas comprendían la casa de su realeza para siempre, un *mam'lákah* y un *kisê'*, es decir, un reino y un trono eterno (2 Sm 7, 16). Parece que, concretamente, el contrincante de Jeremías se está haciendo eco de la palabra de Isaías cuando el sitio de Jerusalén por los asirios en el -701, y del mensaje fundamental de ese profeta. Dios-está-con-nosotros (Is 37). Está, por lo tanto, en buena compañía de tradición sagrada.

b) *Contexto*

En el -598, Nabucodonosor, segundo rey del imperio neobabilónico, había realizado la primera deportación de judíos a Babilonia. Había llevado como prisionero al rey Joaquín y colocando en su lugar a un tío suyo, Sedecías. Judá y los reinos vecinos quedaron sometidos a tributo. La carga era pesada y el intento de sacudirla comprensible. En Jerusalén dos partidos disputaban la política externa. El rey, con la mayoría de los nobles, se inclinaba a una alianza con Egipto,

⁶ Para la crítica histórica de los salmos, cfr. R. Murphy, "Comentario a los salmos", en *Grande Commentario Biblico Queriniana*, Brescia, 1973.

[225] con la vana esperanza de sustraerse al dominio babilónico. Otros, entre los que se encontraba Jeremías y sus discípulos sostenedores de la reforma religiosa, aconsejaban permanecer sometidos a Nabucodonosor para evitar males mayores.

Mientras vivió el faraón Neco, no pudo llegarse a ningún acuerdo, porque éste, luego de la batalla de Karkemish en el -605 en que fue derrotado por los babilonios, había resuelto sabiamente no inmiscuirse más en los asuntos palestinos. Pero al morir él cuatro años más tarde y sucederle Psamético II, el fuego de las esperanzas escondidas volvió a encenderse. Y fue precisamente en este año -594 cuando tuvo lugar en Jerusalén la reunión de las embajadas de Edom, Moab, Amón, Tiro y Sidón (Jr 27, 3), para tramar el complot.

c) *Hermenéutica*

Jananías, del partido filoegipcio, fundado en la indestructibilidad de Sión y de la Casa de David, y alentado por la nueva situación política en el país del Nilo, ve renacer las esperanzas para la liberación de Judá. Lo cual le permite afirmar que en dos años más el yugo de Babilonia se romperá, los desterrados regresarán y los tesoros robados volverán.

Pero Jeremías entiende las cosas de otro modo. Según su razonamiento, la rebelión provocaría una nueva invasión de los caldeos, una nueva destrucción y más deportaciones. Su intento es que el pueblo, a raíz del infortunio, tome conciencia, despierte a la vivencia religiosa y se disponga a la conversión. No le falta amor a la patria, pero para él la coyuntura encierra una llamada de Dios.

Finalmente la insurrección contra Babilonia no se llevó a cabo porque Psamético, siguiendo la política de Neco, se mantuvo al margen de estos proyectos. De todas maneras, triunfaba la posición defendida por Jeremías.

Sin embargo, al morir el faraón en el -589, su hijo y sucesor Hofra abandonó la actitud de no intervención en el Asia y excitó los espíritus contra Nabucodonosor en Jerusalén, prometiendo ayuda militar.

El 19 de julio del -587, la capital del reino de Judá era tomada y destruida por el soberano asiático. El único auxilio, que prestó Egipto, fue el de recibir a los fugitivos de la vecina nación, que acababa de desaparecer.

Esta catástrofe vino a confirmar una vez más la hermenéutica de un profeta que tenía puesto un oído en la realidad y otro en el diálogo con Dios.

[226]

7. Ezequiel y los falsos profetas, junto al canal Kebar (Ez 13)

a) Texto

Exactamente al año siguiente de la reunión de embajadores en Jerusalén, y mientras Jeremías seguía luchando contra los falsos profetas que infestaban la mente de los que se habían salvado del destierro, el Señor suscitó un profeta propio para el grupo de exiliados. Su misión era grave y delicada. Tenía que anunciar a los deportados nada menos que la definitiva caída y destrucción de la ciudad santa, de Jerusalén. Ni siquiera el Templo se salvaría.

Estas palabras fueron muy duras de digerir por su auditorio, que no esperaba semejante catástrofe. Esto soliviantó una horda de falsos profetas, que fundándose en revelaciones personales y en sueños, pretendían hablar también en nombre de Yahvé y anunciar al pueblo un mensaje opuesto al de Ezequiel. Por supuesto que esta perorata tuvo mucha más aceptación entre el público, que la del pobre Ezequiel.

¿Podemos conocer cuál era esa predicación de los pseudoprofetas? A pesar de que apenas se haya conservado, más que sus palabras se puede determinar sin embargo muy concretamente su contenido: predicaban la paz (v. 10).

De nuevo, vemos que tenían razones fundadas en la tradición para hacerlo. Es verdad que con el exilio del -598 habían sufrido un duro golpe en sus seguridades y expectativas, y ahora estaban viviendo en tierra extranjera, pero desde que la voz de los profetas se alzara prediciendo castigo, había sido también una constante en ellos el anuncio de la paz, de la restauración. Los oráculos amenazadores acostumbraban a concluir con un anuncio de esperanza (Am 9, 13; Os 2, 20; Is 4, 2-6; Mi 4, 6-8; Is 9,6; etc.). De Isaías, su compatriota, habían aprendido a soñar con el “Príncipe de la paz” (Is 9, 5), y Miqueas el moreshita les había enseñado a esperar en “aquél que será la Paz” (Mi 5, 4).

Por otra parte, los sabios pregonaban a su vez que la paz está destinada a los que aman la Ley (Sal 119, 165), aun cuando los acontecimientos, como los que vivían en el presente, parezcan desmentir la fe (Sal 73, 3).

Desde los albores de la fe Yahvé era conocido como el Dios de la paz (Jc 6, 24). Y esa paz, tan necesitada en la difícil coyuntura presente, no podía ser mezquinada por Dios al pueblo de la Alianza.

Predicar la paz, era predicar al Señor.⁷

⁷ Para el análisis literario de las citas proféticas, cfr. L. Alonso Schökel y J. L. Sicre, *Profetas*, vol. I y II, Madrid, 1980.

[227]

b) *Contexto*

La situación histórica es la misma que la descrita para el profeta Jeremías. Nabucodonosor había realizado la primera deportación del pueblo de Judá en el -598, exiliando en Babilonia 7.000 notables y propietarios del reino, 1.000 obreros especializados para utilizar en las grandes construcciones de Babilonia, un número impreciso de otras personas, y los objetos preciosos del Templo. Esta primera deportación fue asentada junto al canal Kebar, que atravesaba la ciudad de Nipur, al sudeste de Babilonia. En ella vino el profeta Ezequiel.⁸

Y mientras el grupo que permaneció en Judá, alentado por la nueva situación política de Egipto, se vio invadido de falsos profetas, en Babilonia también empezó a crearse una nueva situación, que dará lugar a falsos profetas. Al año siguiente de la deportación, Nabucodonosor vio surgir un nuevo enemigo en la frontera del Tigris, un rey desconocido, probablemente el de Elam, que lo entretuvo momentáneamente y quitó su atención de los problemas de la Siria-Palestina.⁹ Desde diciembre del -596 y por espacio de dos largos meses, debió enfrentar una rebelión interna en el país, que sólo logró sofocar con arduo trabajo capturando al cabecilla y matando a muchos de su propio ejército.¹⁰ Por otra parte, el poder de los Medos en esta época se hacía sentir no poco. De los años siguientes, no sabemos nada de Nabucodonosor.

Estos sucesos nos ayudan grandemente a comprender la mentalidad de los desterrados. Las amenazas externas y las revueltas internas fomentaron en ellos la esperanza de que el castigo enviado por Dios era pasajero. Comienza a nacer la ilusión de que el rey Joaquín será liberado pronto y de que todos volverán a Palestina. Lo que menos pueden imaginar es la destrucción de Jerusalén y dos deportaciones más.

c) *Hermenéutica*

Los falsos profetas no se hicieron esperar. Basándose en tradiciones que creían ver de aplicación inmediata (Is 29, 17; 30, 19) y pretextando sueños reveladores (Ez 13, 6), arreciaron alentando al pueblo en esta vana esperanza de la pronta restauración.

⁸ Cfr. A. Soggin, *Storia d'Israele*, 380 s.

⁹ Cfr. D. J. Wiseman, *Chronicles of Chaldaean Kings*, London, 1956, pg. 36ss.

¹⁰ Wiseman, o.c.

[228]

Ya el profeta Jeremías se había encargado, en una carta a los desterrados, de disipar estas ilusiones (Jr 29, 5-7). Pero el pueblo, animado por los videntes, se negaba a admitirlo.

Fue entonces que Dios, entre los desterrados, elige a uno para transmitir el mismo mensaje. La vocación de Ezequiel¹¹ tuvo lugar el 31 de julio del -593, un año después del duelo entre Jeremías y Jananías. A partir de entonces, Ezequiel deberá hablar a un pueblo rebelde y transmitirle un mensaje duro y desagradable. Frente a la esperanza y optimismo de éste, que cree que la situación internacional le da la razón, el profeta, interpretando a su manera las cosas, e inspirado por Dios, con tres acciones simbólicas les comunica el asedio, el hambre, la muerte y la deportación de la amada capital. Y paso a paso va desarrollando su mensaje, su hermenéutica.

La confirmación de los oráculos de Ezequiel llegaría el 19 de julio del -557,¹² con la caída y destrucción de Jerusalén, y la segunda deportación. Cinco años más tarde, por motivo de los disturbios internos y el asesinato de Godolías, los babilonios llevarían a cabo todavía una tercera deportación contra el desolado país, demostrando contra las engañosas prédicas, que por el momento el reino no debía tener la paz.

8. Conclusión

La profecía es un modo de comunicación de Dios con el mundo. El pueblo de Israel dudó, y con razón, que hubiera tal encarnación en todos los que pretendían hablar como profetas. Pero también mostró que la palabra misteriosa e incómoda lleva siempre al rechazo de los auténticos mensajeros.

Los oyentes de la palabra no pueden eludir la responsabilidad en el discernimiento del profeta. Tienen que optar. Y la elección equivocada que hemos visto hacer al pueblo constantemente ante los profetas verdaderos evidencia que no existían ni existen criterios objetivos y claros, recetas manejables, que se puedan aplicar de un modo absoluto. El juicio definitivo del profeta sólo se puede hacer en el terreno religioso, es decir, en el interior de cada uno, por medio de la fe y la sintonía con el mismo Dios.

¹¹ Cfr. W. Zimmerli, *Ezekiel*, vol. 1, Philadelphia, 1979, pg. 9-16.

¹² Seguimos la difundida cronología de Parker-Dubberstein.

[229]

El Deuteronomio había señalado un criterio de discernimiento: el de la conformidad con la doctrina yahvista (Dt 13,2-19), criterio éste de muy difícil aplicación como vimos en los casos estudiados.

Más adelante, agrega un segundo criterio: el del cumplimiento de la palabra (Dt 18, 21-22). Este, adolece de tres defectos. Primero, que el acontecimiento histórico tiene suficientes causas naturales, y no es forzoso buscarle otras. El que muera el rey Ajab luchando contra los arameos, o que Jerusalén sea invadida por Nabucodonosor, como dijeron Jeremías y Ezequiel, no “demuestra” que Dios haya hablado por ellos. El acontecimiento permanece mudo mientras el que lo contempla no lo lee con espíritu trascendente. Segundo, no todos los oráculos de los profetas se refieren a sucesos que se realizarán puntualmente en la historia. Muchas veces alzan la voz simplemente para interpretar un hecho pasado, o para enrostrar una acusación, o para ordenar en nombre de Dios una disposición concreta. A veces son anunciadores de una realidad mesiánica, para la total realización de la cual el profeta tiene toda la historia humana por delante. Tercero, que nadie, ni el profeta, sabe si su predicción se va a cumplir. Dios queda siempre libre, por encima de la palabra del profeta, como en el caso de Jonás. Por eso, sólo Dios legitimará al profeta, por su revelación a los destinatarios, quienes deben obrar con fe ante los acontecimientos.

En definitiva, el discernimiento de espíritus es un don del Espíritu. Este Espíritu profético vive también en la comunidad de los creyentes, donde el profeta actúa, y que ayuda a ser comprendido. Esto ya lo sabía la comunidad del Antiguo Testamento. “Ojalá que todo el pueblo sea profeta” (Nm 11, 29). “Derramaré mi espíritu sobre toda carne” (Jl 3,1).

El Espíritu de Dios hace que todo el pueblo sea profeta y pueda conectar desde el centro de sí mismo la onda que emana desde el centro de la persona del mensajero de Yahvé.